

Hildegardo Córdova (Editor)

ESPACIO: teoría y praxis

Capítulo 8



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 1997



CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GEOGRAFÍA APLICADA (CIGA)

Hildegardo E. Cabrería Aguirre
Teoría
ESPACIO
TEORÍA Y PRAXIS

Primera edición, noviembre de 1997

Cubierta: AVA diseños

Cuidado de la edición: Miguel Ángel Rodríguez Rea

Diagramación: Yoryina León Mejía

Espacio: teoría y praxis

Copyright © 1997 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima 100, Perú.

Telefax 460-0872 Teléfs. 460-2870, 460-2291 anexos 220 - 356

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN 9972-40-088-3

Impreso en el Perú - Printed in Peru

HORIZONTE, CULTURA Y REGIÓN: ESPACIOS Y FRONTERAS EN LA ARQUEOLOGÍA ANDINA

Krisztof Makowski*

Introducción

El énfasis en los análisis espaciales es una de las principales características de la arqueología moderna. La *New Archaeology* popularizó el estudio de patrones de distribución de arquitectura y de artefactos con las técnicas de muestreo sofisticadas pero no muy confiables (Hodder y Orton 1976). A partir de los años treinta, se presta cada vez mayor atención a la reconstrucción del paleoambiente y a la definición del impacto cultural en el espacio geográfico. La reflexión postmoderna posibilitó los métodos de decodificado del espacio simbólico en las artes figurativas, en los entierros y en el diseño arquitectónico; promovió también los estudios sobre el espacio doméstico (arqueología del género), el espacio ritual y la geografía sagrada. En esta ponencia quisiera, sin embargo, centrar mi atención sobre la categoría principal de la investigación corológica en arqueología, al *lugar del hecho*. Un término algo devaluado en nuestro lenguaje por su abuso en la jerga política de los últimos años define bien la categoría aludida. Se trata del *espacio histórico*.

Hace un año hemos debatido en este foro sobre la naturaleza del tiempo en las ciencias humanas. Este es un buen punto de partida. En arqueología se hace notar con una nitidez particular la interdependencia mutua del tiempo y del espacio como conceptos y como fenómenos. Al arqueólogo prehistoriador le interesa, por supuesto, la dimensión social del espacio y ésta constituye para él una incógnita en el mismo grado como la del tiempo. Estudiar el espacio en su dimensión social implica abordar

* Doctor en Arqueología. Profesor del Departamento de Humanidades, Especialidad de Arqueología, PUCP.

los temas de la identidad étnica y cultural, de las fronteras de integración económica, política y religiosa, de la estratificación y de las barreras que ella crea impidiendo la comunicación interna entre los componentes de la sociedad; implica, por ende, definir previamente una plataforma de sincronía, captar el tiempo histórico en el que estos fenómenos tuvieron efectivamente lugar. No obstante, tanto el tiempo histórico como el espacio requieren ser reconstruidos a partir de la única fuente del que dispone el prehistoriador: la variabilidad tecnológica, morfológica, y eventualmente iconográfica o funcional de los artefactos junto con algunas otras evidencias de la cultura material.

Frecuentemente olvidamos que los términos, los Mochica, los Nazca, los Chimúes, no corresponden a pueblos de carne y hueso, con un idioma, una identidad, una historia. Se refieren en primera instancia a las clasificaciones con las que el arqueólogo ordena la cultura material del pasado y, en segunda, a los productos de la interpretación de aquellas clasificaciones a partir de la información externa a las fuentes: histórica, etnográfica, antropológica. Lo mismo ocurre con los conceptos cronológicos. Los conceptos *Horizonte Medio* o *Periodo Wari* no tienen el mismo valor que el de *Periodo Colonial* que atañe a un periodo histórico con las fechas precisas del inicio y del fin, con las fronteras claras que separan y definen los espacios, así como caminos y medios de comunicación que los unen; los dos conceptos arqueológicos mencionados se desprenden del ordenamiento secuencial, evolutivo de una serie de motivos de iconografía religiosa y de su posterior mapeo para seguir la posible difusión; se diferencian entre ellos por la interpretación del cuadro obtenido en términos socio-políticos. Por ello entre uno y otro marco cronológico e incluso al interior de cada uno de ellos, entre un investigador y otro, pueden haber grandes diferencias en cuanto a la fecha del inicio y del fin y en cuanto a la interpretación del espacio afectado por el fenómeno.

Tiempo y espacio en arqueología

La pregunta ¿cuándo? generalmente prima en arqueología sobre la pregunta ¿dónde? y el espacio se reconstruye a la hora de proyectar en el mapa a la misma clasificación que sirvió para definir el tiempo. Por ello vale la pena de recordar de qué manera el tiempo existe para el arqueólogo y cuál es el rango de sincronía del que puede disponer. Tres categorías

distintas del tiempo tienen incidencia en el trabajo arqueológico: *relativo*, *político* y *absoluto*. La primera de ellas está definida por el ordenamiento de toda la variabilidad percibida en la cultura material mediante secuencias evolutivas de tipos de artefactos y motivos iconográficos (cerámica, artefactos líticos, arquitectura etc.) o mediante matrices seriadas de rasgos concernientes a estas mismas expresiones de la cultura material. Un conjunto de tipos o motivos, o un escalón de rasgos en la matriz seriada define a una unidad de tiempo. El grado de confiabilidad de este ordenamiento depende de la incidencia del material obtenido en las excavaciones estratigráficas. A mayor incidencia de este material, mayor confiabilidad.

Cuando la secuencia objetiva determinada por la superposición de estratos y de contextos primarios (es decir conjuntos organizados y sin disturbar de evidencias de la actividad humana: casas, talleres, entierros, áreas de actividad y desecho, etc.) no indica la dirección y la subdivisión de la secuencia cronológica, ésta suele depender en un grado notable del *tiempo político* (v. Fabian 1983). Entendemos bajo este término la manera como el investigador ordena los hechos de acuerdo con su comprensión de la historia universal y nacional, de su credo filosófico y político, incluyendo el problema de identificación con el objeto de la investigación. En este último punto vale la pena mencionar dos perspectivas opuestas, *desde adentro* y *desde afuera*: la primera es la de las arqueologías nacionales que enfatizan el problema del origen de las fronteras, y de las identidades étnicas así como las particularidades institucionales; la segunda perspectiva está adoptada por las arqueologías comparadas practicadas generalmente por los extranjeros: se enfoca en ella insistentemente el problema del tiempo, de los estadios del proceso en desmedro de todo lo que hace particular el desarrollo cultural y define los espacios dentro de una macrorregión.

La tercera categoría del tiempo, el *tiempo absoluto* se define mediante la asociación dentro de un contexto cerrado y no alterado de dos grupos de datos: los resultados del análisis de las muestras C14 y TLC, y para el Viejo Mundo también algunos otros isótopos, muestras dendrocronológicas, geomagnéticas, monedas o inscripciones fechables por un lado y los rasgos juzgados diagnósticos en los artefactos hallados conjuntamente. La difusión de los métodos químico-físicos es relativamente reciente, data de los años cuarenta y su impacto en la arqueología del Nuevo Mundo se

hace sentir recién a partir de los años sesenta. En el Perú hasta el presente solo las series C 14 tienen una importancia relevante. En teoría los fechados C14 deberían corregir las imperfecciones del *tiempo relativo* y eliminar las distorsiones que el *tiempo político* puede causar en la percepción del *tiempo histórico*, pero esto no ocurre en la práctica. Las causantes del hecho mencionado son numerosas, por lo que nos limitaremos de decir que la precisión promedia real de un fechado C14 citado en la literatura arqueológica tiene un margen que oscila entre 300 y 400 años (véase Ziolkowski *et alii* 1994). Es un rango muy pobre puesto que la duración estimada promedia de una fase en la cronología relativa de los Andes es de unos 200 años. Los arqueólogos de Berkeley, Rowe, Menzel y otros, esperaban incluso obtener mediante el fechado cruzado valores menores (vg. Menzel 1964), de aprox. 50 años para una subfase. El *fechado cruzado* (*cross-dating*) descansa sobre el análisis de productos exóticos o imitaciones que permiten enlazar las cronologías de dos áreas distantes.

Como el tiempo, las acepciones del espacio en arqueología también se dejan ordenar en tres categorías, el espacio *relativo*, *político* y *absoluto*, pero las relaciones entre ellas se perfilan de manera distinta. El *espacio relativo* definido por el mapeo de tipos y rasgos de la cultura material es el menos tangible, particularmente en arqueología peruana y el último en definirse. El que prima es el espacio político, el espacio delimitado por las fronteras actuales, por las identidades nacionales y por las utopías históricas. El *espacio político* predetermina la identificación del investigador con el objeto de estudio, limita y orienta sus posibilidades de moverse, conseguir fondos, reunir datos y enunciar opiniones. En segunda instancia influye el *espacio absoluto*, geográfico, generalmente definido como una unidad geomorfológica, vg. valle. El *espacio absoluto* constituye el marco acostumbrado de los proyectos de campo, y, por la tanto, de las publicaciones finales con las propuestas sintéticas. La falta de definición del espacio relativo se debe, entre otros, a poca incidencia de material con procedencia conocida, a causa de la huaquería y por el incipiente grado de publicación de datos empíricos.

Evolución del concepto del espacio en arqueología

Para entender los porqué de las definiciones e interpretaciones del espacio en la arqueología andina, resulta indispensable resumir brevemente

te la historia del concepto y de sus aplicaciones. La arqueología científica nace con la propuesta positivista en la que los mismos estadios de desarrollo cultural acontecen supuestamente en regiones distintas. El análisis espacial se origina recién en los comienzos de nuestro siglo y parte de la crítica del concepto de evolución así como de los postulados difusionistas: la civilización sería la obra de los pueblos predestinados para el protagonismo histórico, mas no del mecanismo universal del progreso impulsado por la adaptación. El mapeo de la distribución de tipos de armas, herramientas, casas, entierros y motivos por fases se estaba confrontando con la distribución étnica, lingüística y racial en los tiempos protohistóricos e históricos tempranos. Se esperaba asimismo que este cruce de información dé pautas para reconstruir en detalle los flujos migratorios supuestamente responsables del desarrollo. Así, en el marco de una fervorosa discusión sobre el origen de la civilización europea, allóctono, en el Oriente semítico, o autóctono, o en el Norte germánico, Childe vs. Kossinna (Trigger 1989), se forjó la definición clásica de la *cultura arqueológica*: Es un conjunto de tipos formales e iconográficos y rasgos, técnicas, patrones arquitectónicos y de enterramiento característico para un área en un tiempo dado. Kossinna agregaba a esta definición un componente racial, arguyendo que la cultura así definida corresponde con seguridad a un componente étnico preciso, un pueblo que habla el mismo idioma y profesa la misma religión. En el Perú tuvo lugar una polémica muy similar con las mismas bases metodológicas: Uhle vs. Tello.

El difusionismo simplista recibe una fuerte crítica en el periodo entre guerras y deja de ser atrayente. Se empieza a reconocer el carácter autónomo de desarrollo en varios polos, incluyendo el andino. Asimismo, se inicia el largo periodo de la discusión sobre los contenidos y alcances del concepto de la cultura arqueológica, la que se proyecta hasta nuestros tiempos y tiene varios etapas. Por lo pronto, varios arqueólogos, aquí por ejemplo Kroeber y Larco Hoyle, adoptan un herramienta de la definición espacial, se cree más objetivo, menos cargado de juicios *a priori*, el estilo (Kroeber 1942, 1949, 1953; Larco 1948 *inter alia*). El estilo se define como el conjunto de rasgos formales y motivos iconográficos cuya existencia se percibe empíricamente en cerámica y en escultura; la definición debería ser extensiva también a otros soportes menos recurrentes como textiles, madera, metales. El estilo es el producto de hábitos tecnológicos y el reflejo de ideologías, es, se supone, la mejor expresión de la identidad de

un pueblo; permite seguir el desarrollo y ocaso de una cultura y definir su extensión espacial en cada fase (Muelle 1960). El nacimiento de un "gran estilo" tal como Proto-Chimú (Moche), maya, egípcio o sumerio marca para Kroeber (1949) la fecha del origen y define la extensión de una civilización antigua. En las regularidades de la evolución del estilo se expresarían las leyes de la historia.

Terminada la segunda guerra mundial, entre el fin de los '40 y los '60, se manifiestan los primeros síntomas de la reacción anti-historicista. La identidad de los pueblos y las características de las culturas dejan de despertar interés y la discusión se centra en dos puntos:

1. la posibilidad de interpretar en términos históricos a los productos de las clasificaciones arqueológicas, vg. la cultura y el estilo, y
2. la aplicabilidad de modelos de inspiración neoevolucionista y neomarxista en vista de captar los mecanismos que llevan al progreso.

En cuanto al primer asunto se generaliza una postura pesimista. El estilo es una simple herramienta de orientación en el tiempo y en el espacio (vg. Rowe 1967, Menzel *et alii* 1964). Permite eventualmente seguir las rutas por las que se difunden las tecnologías y las ideologías. Es más, las clasificaciones deberían liberarse de toda interpretación en términos de contenidos culturales, llegar a niveles de objetividad propia de las ciencias naturales. El periodo que acabamos de caracterizar fue crucial para la definición de modelos de interpretación de la prehistoria en los Andes Centrales. Su legado son dos conceptos claves. El de la *región* y el del *horizonte*. El primero estaba definido por Bennett (1948) como el *área de cotradición* en la que las corrientes estilísticas y la difusión de las tecnologías demarca un espacio con el destino histórico convergente; el desarrollo adopta en este espacio el mismo ritmo y la misma direccionalidad. Ello supuestamente se puede comprobar de manera empírica estudiando los patrones de asentamiento: los estadios del desarrollo de un área se expresarían a partir de la sedentarización en la aparición consecutiva de centros ceremoniales, fortificaciones, centros administrativos y finalmente ciudades.

Willey (1945, 1948) tuvo la autoría del segundo concepto pero la definición final corresponde a Rowe. Para Rowe (1960, 1967) el *horizonte*

es el lapso de tiempo definido por la presencia de los estilos foráneos en la secuencia maestra, la del valle de Ica. El *horizonte* se inicia con la aparición de formas de cerámica e íconos foráneos y se termina cuando se extinguen sus últimas influencias. A pesar del nombre, el *horizonte* fue concebido por sus autores como una herramienta cronológica para correlacionar las secuencias de los diferentes valles. Sin embargo, una connotación espacial, algo indeseada le fue inmanente. Ya para Willey (1945) los horizontes Chavín, Negativo y Blanco sobre Rojo, Tiahuanaco e Inca, algunos de ellos de orden estilístico, otros tecnológico definen el área centro-andina, el área de la cotradición. Rowe y Menzel (vg. Menzel, Rowe, Dawson 1964, Menzel 1968) pretenden liberar el concepto de juicios *a priori* sobre los contenidos, pero no pueden dejar de insinuar que los horizontes se producen cuando poderosas ideologías religiosas (vg. Chavín) o estatales de base religiosa (vg. Inca) integran el mundo andino (véase también Lorandi 1986).

En las décadas de los sesenta y setenta tiene lugar un desarrollo acelerado, tormentoso del cuerpo teórico de arqueología. Binford (Binford y Sabloff 1982 *inter alia*, Binford 1982) y Clarke (1972; véase también Trigger 1989), los propulsores de la reflexión teórica en la *New Archaeology* y sus discípulos llenan las revistas de críticas duras e irreverentes contra todo el legado anterior. El enfoque de problemas corológicos cambia diametralmente. Por un lado, se intenta captar los espacios en los que se gestan, se difunden y se perpetúan ciertas estrategias de subsistencia y forman complejos agropecuarios con perfiles particulares (vg. focos y áreas de neolitización). Por otro lado, mucha atención reciben los enfoques microrregionales: del área de explotación de recursos (vg. espacio de transhumancia, archipiélagos verticales y horizontales), de producción y de intercambio de productos (Binford 1982, véase también Plog 1978). El desarrollo de la informática propició la utilización de las técnicas de muestreo para evaluar la densidad de ocupación y el ritmo de crecimiento demográfico. Se esperaba asimismo que los modelos sistémicos ayudaran en este intento de remplazar en las síntesis de la prehistoria el espacio cultural por el espacio económico.

Otro cambio de rumbo ocurre en la década de los 80. Las discusiones postmodernas ponen en evidencia que el espacio económico no se puede reconstruir sin la debida comprensión de los mecanismos culturales. El enfoque sistémico en la propuesta teórica de White sugiere la solución. La

información, el subsistema de transmisión de ideas es el subsistema que rige sobre el funcionamiento de los dos restantes, el de relaciones sociales, y el de tecnologías. En las obras de los adeptos de la New Archaeology aparecen temas nuevos. Una popularidad particular reciben las ideas de Wobst (1977), quien estudia los espacios de identidad definidos por los atuendos en la cultura popular de la ex-Yugoslavia. El concepto de estilo reingresa por ello por la puerta grande y se sitúa en el centro de la discusión actual (Plog 1983).

Para Binford, como para Wobst, el estilo tiene componentes activos que permitan al hombre prehistórico de diferenciar entre los miembros de la familia o asociación secreta, de la tribu, de la comunidad étnica propias y ajenas de acuerdo al caso. Por ello se consideraba que el estudio de la variabilidad formal con metodologías apropiadas puede ayudar a captar los espacios étnicos en las épocas, incluso tan remotas como el Paleolítico. Para Earle (Ms. 1991) el estilo de productos suntuarios, el tiempo social que implica la producción rodea a su propietario del aura del poder. La distribución de los grandes estilos definidos a nivel iconográfico dibuja por ende en el espacio las relaciones que establecen entre sí las élites gobernantes.

Otros seguidores de la New Archaeology definen el espacio étnico como el área de transmisión de tecnologías, el que tiene que ser confrontado con el área de la distribución de productos. Es menester también para ellos estudiar los sistemas aún vigentes en las culturas populares de África, Asia y América. La etnoarqueología se convierte actualmente en un rama muy pujante (vg. Dietler y Herbich, ms.). Las propuestas de Binford fueron atacadas justamente del lado tecnológico. Para Sackett (1973, 1977, 1982, 1986) el estilo no puede ser definido exclusivamente a nivel de las formas potencialmente simbólicas (véase también Conkey y Hastdorf 1990). Igual de importante es la selección de materiales, técnicas y soluciones formales utilitarias. Esta selección es en alto grado aleatoria y hay varias soluciones formales equivalentes a los mismos problemas de función. Por ende, el único espacio directamente tangible por el arqueólogo es el espacio demarcado por una tradición tecnológica.

Paralelamente nacen nuevas corrientes teóricas y con ellos regresa el concepto de la cultura arqueológica. La acepción que se da a esta última es, sin embargo, diferente. Para Hodder (1982, 1989 *inter alia*), el mayor representante de la arqueología simbólica de inspiración estructural y algu-

nas influencias neomarxistas, la distribución de los patrones de diseño y de los motivos iconográficos, los patrones de entierro y de arquitectura proyectan configuraciones que pueden ser interpretadas para reconstruir el funcionamiento de las élites y las áreas que comparten las ideologías semejantes (véase también Shanks y Tilley 1987). En los Andes estas novedades de los últimos veinte años tuvieron el impacto algo limitado. Mencionemos a manera de ejemplo la definición de los grandes estilos como estilos corporativos por Moseley (1992), las propuestas de la reconstrucción del espacio ceremonial étnico de Dillíhay aplicado por Silverman (1992), o del espacio ceremonial por Anders (1986), la discusión del rol de identidades étnicas y de comunidades políticas a partir del análisis del diseño por Cook (1994), la redefinición del estilo-horizonte por Burger (1992, 1993 *inter alia*), las reconstrucciones de la ideología del poder a partir de la iconografía y los patrones de enterramiento por Shimada (1995 *inter alia*).

Esta breve historia nos lleva a la conclusión de que cada generación de 20 años aportaba, desde aproximadamente 1900, una nueva acepción del espacio al aparato epistemológico de la arqueología. Es una constatación optimista como para nuestros tiempos nostálgicos del *fin de siècle*, los tiempos marcados por el fantasma del fin de la historia y por la duda sobre la existencia del progreso en las ciencias humanas. La evolución de conceptos y perspectivas sigue una secuencia dialéctica en la que los enfoques globalizantes en términos de la evolución o del proceso están intercalados por las aproximaciones particularizantes, centradas en la identidad del individuo social. En estos últimos el estilo y la cultura están dotados de contenidos nuevos como herramientas de investigación y como fenómenos investigados. Gracias a ellos se logra captar, a pesar de todas las barreras ideológicas, de manera cada vez más profunda, las dimensiones del espacio social en la prehistoria.

Espacios y fronteras en la arqueología andina

Un profundo sesgo conservador diferencia la reflexión sobre el espacio en la arqueología peruana de las demás arqueologías nacionales. Este sesgo se expresa en el rechazo de la idea de diversidad cultural. La idea de que la cultura andina determina a través de sus expresiones materiales un solo espacio en los Andes Centrales, por lo menos desde los tiempos

del origen de las sociedades complejas, mantiene plenamente su vigencia. Como veremos a continuación, este axioma fue engendrado bajo la influencia del espacio político.

El origen está en la polémica entre Uhle y Tello, y en las investigaciones de Kroeber. Uhle y Kroeber (1925, 1942, 1953, Kroeber y Strong 1924) asientan las bases para comparar la difusión estilística Tiahuanacoide (la que actualmente conocemos bajo los nombres de las culturas Tiahuanaco y Wari) con la dispersión del estilo Inca. Tello (1929, 1960, 1967) hace retroceder este supuesto momento de integración mediante la conquista y la difusión de ideologías a su primera época situándolo en los tiempos Chavín. En su propuesta, las nueve regiones del Perú, a saber las tres áreas ecológicas, Selva, Sierra y Costa, subdivididas en tres zonas Norte, Centro y Sur cada una, se están integrando durante el proceso de neolitización que culmina en la primera época. Los cultígenos y los animales oriundos de la Selva y de la Sierra conforman la base para que en las condiciones de la inhóspita Sierra se forjen las bases tecnológicas e ideológicas de la civilización. El culto Chavín, los guerreros Paracas Necrópolis, y los portadores de la cerámica Recuay-Pasto o blanco sobre rojo difunden la civilización más allá de su foco original. Posteriormente, el mismo rol civilizador tendrá otro centro serrano, Tiahuanaco. En la tercera época la diferenciación regional tendrá su expresión social y política: las naciones. El Imperio del Tahuantinsuyu corona el proceso de integración progresiva. Cabe mencionar aquí que el concepto de espacio-tiempo que maneja Tello conserva varios rasgos propios a la percepción andina de la historia, con sus constantes de cuatripartición, tripartición así como el eje NO-SE (Chavín-Cuzco-Tiahuanaco) alrededor del cual se teje el proceso. Willey (1945, 1948) y Rowe (1960, 1967) contribuyen sustancialmente para que esta perspectiva tenga apariencia de objetividad y sólida base empírica (véase Rice 1993). Los tres horizontes definidos por la difusión de los estilos e iconografías Chavín, Wari e Inca parecían corresponder a un poderoso e indiscutible mecanismo integrador. El primero proporcionaría las bases religiosas y tecnológicas para la síntesis final (Horizonte Tardío: Inca); el segundo las institucionales. En los tres casos el impulso partiría de un centro. Durante los Periodos Intermedios la particular configuración geográfica del Perú con tres cuencas interandinas (Marañón, Mantaro y Apurímac) correspondiente a tres grandes conjuntos de valles costeros, tendría su repercusión en la cultura. La unidad se desintegraría.

Por razones obvias, el modelo de Tello encontró una plena aceptación en la arqueología nacional, particularmente en la obra de Lumbreras (1969, 1990 *inter alia*). Los tres horizontes fueron interpretados por él como épocas culminantes en la que acontece la transformación de bases económico-sociales: el primero idéntico con el Formativo Medio, es producto de la revolución neolítica, el segundo, en el inicio del Periodo Wari, se desprende de la revolución urbana.

Un gran número de evidencias reunidas en las últimas dos décadas están mellando las bases empíricas del modelo que acabamos de caracterizar y que se mantiene por el peso de la tradición académica. Mi colega de cátedra, Peter Kaulicke (en este volumen) analiza con detenimiento la variedad de experiencias de neolitización y de las expresiones culturales del Periodo Formativo. Nosotros nos detendremos solo en algunos aspectos centrales. Ni Horizonte Temprano=Formativo Medio ni Horizonte Medio=Wari Temprano se explican por intermedio de la difusión de contenidos culturales desde un centro. El centro ceremonial de Chavín en su fase más temprana (Templo Viejo) es más bien un polo de atracción para peregrinos procedentes de amplias áreas de la Costa y de la Sierra Norte y Centro comprendidas entre el eje Cajamarca-Jequetepeque y el valle de Rímac. Su existencia no anula la diversidad de expresiones de la cultura material y de las creencias; más bien, las está recogiendo y amalgamando sincréticamente.

Cabe mencionar que la influencia de la Costa Norte, la influencia Cupisnique destaca en esta amalgama. La tesis de Burger (1992, 1993) puso en evidencia varias limitaciones del concepto del Horizonte Temprano. La cerámica Janabarriu, la que cumple para él una función del marcador del tiempo-horizonte, no sólo aparece en la etapa final de la existencia del templo, sino podría derivarse de la tradición alfarera de los pueblos que viven en la periferie del mundo Chavín. En tal caso, el efecto del horizonte hubiese sido provocado por el desplazamiento de pueblos periféricos, las que traen consigo los conocimientos de la ganadería de camélidos, nuevos hábitos alimenticios y tecnológicos.

Los estudios sobre el Horizonte Medio esbozan un cuadro similar. El fenómeno Wari pone fin a un largo periodo de desarrollo regional y su foco de origen se sitúa en las periferias de dos polos de desarrollo: Nazca y Tiahuanaco. En este caso se trataría también de la presión de los pueblos

periféricos, los que logran controlar las áreas menos desarrolladas de la sierra y efectúan una presión militar creciente sobre las zonas ricas de la costa y de la sierra (vg. Cajamarca). Shady (1988) se empeñó recientemente en demostrar que la unidad estilística Wari en la cerámica y en la arquitectura puede ser producto del mito científico. Incluso, si su propuesta de negar rotundamente la existencia del Estado expansivo Wari, no necesariamente tiene que convencer al lector. No cabe duda de que bajo el término horizonte se esconde una diversidad de estilos cerámicos y de tradiciones arquitectónicas (vg. Anders 1986, Cook 1994). A lado de Tiahuanaco, los aportes de los estilos Huarpa, Cajamarca, Nazca, Lima juegan un innegable papel protagónico en la formación de la tradición sincrética Wari.

Como se desprende de lo anterior, el modelo basado sobre la secuencia de tres horizontes de integración ideológica y/ o transformación económico-social tiene hasta tres serias deficiencias potenciales, puesto que parece:

1. enfatizar de manera exagerada la importancia del Sur, por el hecho de que aquí se ubica la secuencia maestra, y puesto que las instituciones y los mecanismos de integración Inca sirven de modelo para interpretar evidencias de las épocas anteriores;
2. reificar los horizontes haciendo de ellos agentes del desarrollo cultural en la macrorregión centro-andina;
3. confundir los mecanismos de difusión con los de interacción.

En consecuencia, las fronteras entre las regiones culturales y las áreas de integración religiosa y política quedan definidas de manera muy incipiente. Incluso la frontera tan evidente como la que atraviesa la Costa Central, moviéndose latitudinalmente entre Huaura y Asia, no recibe la atención debida. Recordemos que al Norte de este límite se extiende en dirección hacia el valle de La Leche y el Alto Piura una amplia zona que se caracteriza por el desarrollo acelerado desde los inicios de neolitización. El despliegue de la arquitectura monumental y de las artes figurativas a partir de aprox. 1800 a.C., es decir en los inicios del Formativo o Período Inicial, son los testimonios más tangibles de su complejidad. La zona al Sur de esta frontera llegará a los niveles de complejidad de algún modo comparables 1400 años después, en el Formativo Superior, bajo indudables influencias desde el Norte. El papel se revertirá durante el Horizonte Medio

cuando las culturas del Sur impactarán profundamente el desarrollo cultural del Norte.

Hay que decir, por otro lado, que ninguno de los accidentes geográficos funciona como una frontera estable e impermeable. No lo constituyen en todo caso los espacios desérticos en la costa. Sin embargo, el difícil paisaje costero pone barreras al proceso de integración económica y política en conjunto con la idiosincrasia serrana. Los conjuntos de dos a tres valles yungas se convierten por turnos en polos de desarrollo por el intermedio de 300 a 400 años, vg. valles de Cañete y Chíncha: cultura Topará; Valle Grande de Nasca, valles de Ica y Acari: cultura Nazca; valles de Chancay, Chillón, Rímac, Lurín: cultura Lima. La alternancia entre el área Mochica Norte y el área Mochica Sur, entre la cultura Lambayeque-Sicán, con sus antecedentes en el Mochica V, y la cultura Chimú constituyen también buenos ejemplos de este fenómeno.

En la sierra las secuencias de Cajamarca en conjunto con los Callejones de Huaylas y Conchucos, las de las cuencas de Mantaro y Apurímac indican una mayor estabilidad de las estructuras políticas y por lo tanto de las fronteras. Variedad de espacios y variedad de destinos, convergentes pero distintos, variedad de expresiones culturales y de modalidades de adaptación a los medios ambientes tan diversificados, variedad de mecanismos de comunicación e integración: quizás el camino para reconciliarse plenamente con el pasado y reconocerlo como propio por encima de las eventuales diferencias de origen lleva justamente por el pleno entendimiento de estas variedades. Ello implicaría aceptar de que la unidad cultural andina recién se estaba forjando en el momento de la conquista, y que este proceso lejos de ser interrumpido en el Periodo Colonial sigue su curso a pesar de (y gracias a) la confrontación con la cultura occidental.